

Nuevas andanzas de rostro palido. Dimensiones del turismo sexual

Paleface does southeast Asia. Dimensions of sexual tourism

Julio ARAMBERRI*

Department of Hospitalito Studies Drexel University. USA
ja43@drexel.edu

Recibido: 18.11.04

Aprobado: 23.02.05

RESUMEN

El turismo sexual ha sido objeto de creciente atención en los estudios sobre turismo. La mayoría de los autores se ocupan de su expansión en el Sudeste asiático, con Tailandia como mascarón de proa. Para un grupo de investigadores el turismo sexual en ese área refleja, ante todo, una estrategia de desarrollo económico capitalista favorecida por los gobiernos locales y agencias económicas internacionales. Otros autores enfatizan que constituye otra nueva forma de dominación simbólica de Occidente sobre Oriente. Este trabajo analiza críticamente esas posiciones y concluye que el estudio de la prostitución en esos países debe ser objeto de un examen más general, enraizado en sus tradiciones familiares y culturales.

PALABRAS CLAVE: Turismo sexual, Sudeste asiático, Tailandia, prostitución, mercados de trabajo, familia, roles femeninos.

ABSTRACT

Sex tourism has recently become one important topic in tourism research. Many authors discuss its expansion in Southeast Asia, significantly in Thailand. A sizeable number of researchers think that it reflects another facet of the international division of labor induced by capitalist development. This strategy has been consistently pursued by local governments and international agencies. Others see in sex tourism a new form of symbolic subjection of the Orient. This paper discusses those two points of view and concludes that prostitution in the area needs broader vistas including local family structures and cultural traditions.

KEY WORDS: Sex tourism, Southeast Asia, Thailand, prostitution, labor markets, female roles.

1. EPIFANÍAS

Como tantas veces, este trabajo hunde sus raíces en un par de experiencias vividas. La primera es propia. En el verano del 2002, en la primera noche de mi estancia en Hanoi, ví a la entrada el anuncio de un karaoke que invitaba a visitarlo en la planta baja. Hice un apunte mental, porque sentía curiosidad por ver cómo sería una institución tan japonesa en el corazón de Vietnam y un par de días después me pasé por allí a mirar. No fue fácil al principio ver lo que sucedía porque la luz era muy escasa. Cuando mis ojos se acostumbraron, aquello era por completo distinto de lo que mi imaginación había anticipado. Antes de llegar al bar había un largo pasillo con un banco corrido a cada lado y, apiñadas en los asientos, una serie de chicas muy jóvenes vestidas con trajes de noche que se levantaban respetuosamente con el ritmo de la *ola* en los estadios de fútbol cada vez que pasaba un cliente masculino para sentarse después. Salvo las chicas, en el local no entraban otras mujeres. Una vez sentado en una mesa, se me acercó una mujer, ni tan joven ni tan atractiva como las demás, que me hizo saber que era la *mama-san* del local y me pasó un menú en el que había tres opciones básicas: botella de whisky US\$80; botella de whisky y una acompañante US\$100; botella de whisky y dos acompañantes US\$120. *Mama-san* explicó muy amablemente que esos precios sólo incluían la compañía de la(s) muchacha(s) seleccionada(s) en un reservado. La actividad explícitamente sexual no estaba permitida en el local, pero si yo estaba interesado en ellas, las chicas podían acompañarme a una habitación en el mismo hotel o en otro lugar por un precio de US\$60 por dos horas o US\$80 por toda la noche.

Poco después, de vuelta a mi Universidad, comentaba el sucedido con un colega de mi departamento. El había pasado el verano en Beijing y allí le había ocurrido algo semejante. Bar parecido, chicas igualmente vestidas y explicaciones similares de la *mama-san*. La diferencia estaba en los precios. En la capital de China las chicas cargaban US\$30 por hora de compañía en el karaoke; US\$200 por dos horas en una habitación y US\$250 por toda la noche.

Sin duda, ninguno de esos acontecimientos podría ser calificado de epifanía. Si acaso, de ocasión para ponderar que el oficio más antiguo del mundo estaba vivo y bien vivo en las capita-

les de ambos países socialistas o en los misterios de paridad de poder adquisitivo aplicados al mismo tipo de servicios en localidades diferentes. La epifanía estaba en otro lugar. Recientemente, mi colega y yo habíamos comentado un libro sobre turismo sexual en el que puede leerse que «[en] el Sudeste asiático la institucionalización del turismo sexual se produjo cuando la prostitución relacionada con las bases militares americanas y el colonialismo japonés se convirtió en parte de la industria turística internacional y en un componente integral del desarrollo económico nacional e internacional» (Ryan y Hall 2001: 136). Aquí estaba la epifanía. Ni Hanoi ni Beijing habían sido, al menos en lo que nosotros sabíamos, sede de bases americanas y la mayoría de los turistas en esas ciudades no son occidentales, sino asiáticos. Luego, ¿cómo podían ser los soldados americanos o los turistas occidentales responsables de la industria del sexo que aparece conspicuamente en ambas ciudades y otras muchas de Asia? Por otra parte, en Japón ha habido numerosas bases USA y el país fue la cuna de un potente imperialismo asiático. ¿Cómo es que esos dos factores no han convertido a Tokio o a Osaka en otras tantas Mecas del turismo sexual internacional, ni nadie piensa en que éste haya sido básico para la economía japonesa, como habría debido de suceder si la doctrina mencionada fuera correcta?

Antes de iniciar la discusión conviene advertir de que el turismo sexual, al menos por el momento, no puede ser objeto de una discusión satisfactoria. Hay, ante todo, la cuestión de su definición, pues una mayoría de los autores que se han ocupado del asunto tienden a mezclar cosas muy distintas en el mismo cóctel. Algunos establecen un continuo de actividades sexuales con ocasión de las actividades turísticas (Bauer y McKercher 2003). Hay datos limitados para sostener que existe una relación entre turismo y mayor frecuencia en las relaciones sexuales de pareja o en general para personas de algunas naciones, grupos de edad y culturas (Opperman 1998; Selänniemi 2003). Pero el turismo sexual no es ninguna de esas dos cosas. Esta modalidad de turismo es más específica y se refiere a aquellos viajes que tienen por meta principal mantener relaciones sexuales con personas prostituidas (sean hombres o mujeres; mayores de edad o menores). Sin duda, en el mundo real no hay una muralla china entre los diferentes comporta-

mientos sexuales (Cohen 1993), pero conviene mantener las distinciones para no incurrir en errores innecesarios en un campo en el que la falta de datos fiables alimenta con demasiada frecuencia la exageración, el uso de nociones irrelevantes y el moralismo. La falta de datos es, en segundo lugar, la gran carencia para un tratamiento riguroso del asunto y, la verdad, coarta la fuerza de las evidencias. Aun allí donde la prostitución es legal u objeto de amplia tolerancia social, su estudio serio, por diversas razones, no despierta gran interés entre las agencias investigadoras. En la mayor parte de los países, no se recogen datos estadísticos sobre la industria sexual; las hipótesis se suelen basar en observaciones limitadas; y las conclusiones regularmente se tiñen con las convicciones morales, religiosas o ideológicas de los autores. Finalmente, el turismo sexual se ha convertido en una especie de agujero negro que chupa en un mismo formato muchos fenómenos distintos, como la trata de blancas, la prostitución infantil o el sexo venal consensual.

Todo ello invita a una humildad que no suele ser frecuente. Por lo que respecta a este trabajo, no puede esperarse que sea una excepción a la hora de formular hipótesis concretas. En realidad, tampoco es esa su meta. Por el contrario, su elaboración tiene poco que ofrecer más allá de dejar constancia de que las explicaciones académicas al uso son poco fiables e iniciar así una reflexión crítica que pueda dar lugar a trabajos más ambiciosos en el futuro. La necesidad de la crítica parece perentoria porque la creciente literatura sobre turismo sexual suele precipitarse a la hora sacar conclusiones. Adicionalmente esta reflexión crítica ha de ser limitada. Ante todo, vamos a limitar voluntariamente el análisis del turismo sexual tan sólo a una de sus dimensiones —relaciones venales heterosexuales—, por más que sea ésta la manifestación más notable. Además nos vamos a limitar en la geografía. Hay muchos destinos para los turistas sexuales —Río de Janeiro, La Habana, Mombasa son algunos de ellos. Pero la mayor parte de la creciente literatura académica se centra en el Sudeste asiático, con Tailandia y Bangkok como mascarones de proa (Bishop and Robinson 1998; Ghosh 2002; Jeffrey 2002; Leheny 1995; Seabrook 1996; Truong 1990). Salvo por algunas notables excepciones (Askew 1998, 1999a, 1999b, 2002; Boonchalaksi and Guest 1998; Cohen 1982, 1993, 2000), estas investigaciones

han formulado lo que podríamos denominar Leyes de Bronce del turismo sexual. A saber: 1) que el turismo sexual ha de ser explicado por causas que se encuentran en el presente y no en las estructuras tradicionales que regulan la sexualidad en la región —hay un vector que lleva, como se ha dicho, desde la presencia de las tropas americanas o coloniales hasta la demanda actual por parte de los turistas occidentales (Hall 1992; Sitthirak 1995); 2) que el turismo sexual forma parte de una estrategia de dominación económica impuesta en la región por las grandes empresas privadas y las burocracias públicas globales controladas por los países del Norte; y 3) que, adicional o alternativamente, el turismo sexual facilita la producción y reproducción de la hegemonía cultural occidental y la subordinación de las sociedades del Sudeste asiático. Por implicación, esas conclusiones se extienden a todos los demás puntos del planeta que atraen a los turistas sexuales. Esos tres mandamientos se resumen en uno —que el turismo sexual es otra nueva andanza de rostro pálido para imponer su orden en el resto del planeta.

Conviene reflexionar sobre lo fundado de esas hipótesis.

2. PROSTITUCIÓN, EJÉRCITOS Y TRADICIONES LOCALES

Conviene aceptar la idea de que el turismo sexual al Sudeste asiático es un fenómeno moderno. Difícilmente podría ser de otra forma cuando el turismo de masas, del que el turismo sexual es un segmento, tiene como mucho un siglo de existencia. Sin duda pueden hallarse con anterioridad formas de viajes que incluían un fuerte grado de uso de la prostitución en muchas de las peregrinaciones religiosas de tiempos clásicos y preclásicos, en Occidente y en Oriente, o en los *Grand Tours* patricios del siglo XVIII y XIX. La gran diferencia entre ellos y el moderno turismo sexual viene dada por la extensión de la demanda y su asociación creciente con algunos sectores de la industria de viajes. En este sentido, el turismo sexual es un fenómeno moderno cuyas causas se han de buscar en el presente.

Tampoco plantea problemas aceptar que muchos de los tres millones de soldados americanos que combatieron en Vietnam durante los

años de la intervención USA (1963-1973) crearon una demanda adicional de prostitución en lugares como Saigón o Bangkok.

Muchos de ellos eran enviados a Tailandia durante sus tiempos de permiso para lo que solía llamarse eufemísticamente R&R (*Rest and Recreation* o descanso y esparcimiento). Lo que desconocemos son las dimensiones de esa demanda.

Una fuente estima que en 1957 había 20.000 prostitutas en Tailandia y que su número había crecido hasta 400.000 en 1964 (Hall 1994). Sin embargo, en la última fecha la intervención militar americana en Indochina que había empezado en 1963 estaba aún lejos de su momento más alto cuando llegó a medio millón en 1968-1969. Tan sólo en 1965 llegó el despliegue militar a 200.000 tropas, más un número bastante menor de tropas estacionadas en Tailandia. Si todos esos soldados, los de Tailandia más los 200.000 en Vietnam se hubiesen pasado todo el tiempo en el primer país, ni siquiera así podrían haber dado trabajo a las 180.000 prostitutas adicionales a las de 1957. Si la cifra fuera correcta no hubiese habido soldados para combatir en Vietnam y la guerra no habría podido suceder. Con independencia de que el resultado hubiera sido admirable, la fuente de este número no explica de dónde la ha sacado (Gay 1985: 34).

Consideraciones morales, políticas o de género a un lado, no hay que sorprenderse de que la prostitución siga a los ejércitos. Allí donde hay grandes concentraciones de hombres solos, ya sean soldados de permiso o en servicio, estudiantes que celebran la llegada de la primavera o participantes en congresos científicos o religiosos, la demanda sexual aumenta. Si no puede ser satisfecha por relaciones no venales, muchos de esos hombres buscarán satisfacerla con la compra de servicios sexuales. Los lectores de *Vanity Fair* de Thackeray recordarán la descripción de la batalla de Waterloo y cómo un buen número de prostitutas seguía a los ejércitos. Cualquier hotelero puede contar jugosas historias sobre lo que los colegas españoles llaman *la oferta complementaria* en tiempos de congresos y convenciones. Cuando hombres solos están estacionados por largo tiempo en una base militar, sean americanos, franceses u otros occidentales, sean miembros de otros grupos étnicos, esas bases se convierten en imanes para las prostitutas. Aunque haya que tomarlo con el mismo grano de sal que los números de prostitutas en

Tailandia, se ha argüido con base en un informe de UNICEF que «[los] soldados de la ONU presentes en el país [tras el final del régimen de Pol Pot y la intervención vietnamita] hicieron que el número de prostitutas en dicho país llegase a 20.000. Tras su partida, ese número se redujo hasta 10.000» (Bobak 1996). Tailandia no podría haber sido una excepción.

Pero eso no permite sacar conclusiones apresuradas. Como se dice que pasó en Camboya, cuando la demanda cae, la oferta, es decir, el número de prostitutas también decrece, pues tienen que buscarse la vida de otra manera. En el caso de Tailandia es posible que los turistas sexuales de civil sustituyesen a las tropas ausentes y permitiesen que esta actividad siguiera su curso. Sin embargo, la retirada americana de Vietnam del Sur se produjo en 1973 y la expansión del turismo a Tailandia hubo de esperar aún hasta los Ochenta. «Durante 1980-1987 los visitantes a Tailandia crecieron a una media de 10,53% anual. En 1980, el número total de visitantes extranjeros fue de aproximadamente 1,85 millones, llegando a 3,48 millones en 1987» (TAT 1995). Espectacular, como de hecho lo fue, su volumen total es escasamente impresionante. Tan sólo en 1987, tras el lanzamiento de la campaña *Visite Tailandia* empezó el país a alcanzar grandes números de llegadas turísticas hasta llegar a los 11 millones del año 2000 (Higham 2000). En fin, el despegue turístico de Tailandia hubo de esperar catorce años tras la marcha americana de Vietnam. Como tan sólo una fracción de los turistas eran y son turistas sexuales, sostener que hay una relación causal entre ellos y el previo mercado sexual americano en Tailandia necesitaría mejor fundamentación. Por lo que sabemos, esos datos no se han publicado aún.

Si la relación entre presencia militar americana y prostitución en Tailandia llega a probarse finalmente, sería todavía menester extender esa relación a la subida de oferta sexual en el resto del Sudeste y en el Este de Asia. Como se ha dicho, no había tropas americanas estacionadas en China o en Vietnam del Norte. Incluso durante la intervención encubierta en Laos y Camboya no hubo en esos países un número significativo de tropas USA. No estuvieron presentes en Malasia ni en Indonesia. Podría tal vez establecerse un caso para Vietnam del Sur y Filipinas. En cualquier caso, es muy difícil extender la hipótesis a toda la región, lo que

hace difícil cargar el turismo sexual en la cuenta del imperialismo militar americano.

Tal vez sea ésa la razón por la que Ryan y Hall meten al imperialismo japonés en la foto. Si la prostitución y el turismo sexual no pueden ser fácilmente atribuibles a los americanos, ¿por qué no culpar de ella al imperialismo en general? Desde la guerra chino-japonesa de 1895, Japón trató de establecer un imperio propio en Asia oriental. En 1941 el ataque a Pearl Harbor mostró su interés por controlar todo el Pacífico. Tras él, Japón ocupó la mayor parte de los imperios coloniales británico, francés y holandés en el Sudeste asiático y los incluyó en su Gran Esfera Asiática de Co-Prospereidad (Buruma 2003). Por fugaz que fuera, la ocupación japonesa cubrió las tierras del Sudeste y Este asiático que hoy se consideran metas del turismo sexual.

Para Ryan y Hall, la expansión colonial japonesa convirtió a la prostitución en «un mecanismo formal de dominación y un medio de satisfacer las necesidades sexuales de las tropas de ocupación» (2001: 140). La segunda parte de la frase es un truismo. La primera, sin embargo, aduce hechos cuya prueba es de lo más liviano. Referirse a los balnearios desarrollados bajo control japonés en Taiwan tras su anexión en la guerra de 1895 como un antecedente del turismo sexual actual necesita mucha imaginación. Más sensato es el recuerdo de las *comfort women* de Corea y otros países forzadas a prostituirse para los soldados japoneses. Sin embargo, no hay en ello nada similar a la prostitución consensual del turismo sexual moderno. Incluso si esos ejemplos se construyen como incidentes de prostitución al servicio de la expansión imperial, su relación con el turismo sexual moderno hacia Asia oriental y sudoriental es, por decirlo amablemente, tenue. Japón sufrió una completa derrota militar en 1945 y el turismo sexual hacia esa parte del mundo empezó 30-40 años después. ¿Qué clase de causalidad creíble puede relacionar ambos fenómenos? Por esa regla de tres, el turismo sexual podría tener su antecedente en las invasiones mongolas que ocuparon casi los mismos territorios en el siglo XIII.

Como se ha dicho, es mejor buscar las causas del crecimiento del turismo sexual hacia esa parte del mundo en el presente, sin echar mano de nociones como militarismo, colonialismo o imperialismo especialmente cuando, como sucede en los ejemplos citados, no tienen gran

uso. Pero, antes de entrar en el asunto de las nuevas demandas, conviene indagar por qué la oferta estuvo tan dispuesta a acomodarlas y discutir el papel de la prostitución en las sociedades de la región.

Para el turista accidental, una visita a lugares como Patpong, Nana Plaza y Soi Cowboy en Bangkok o a Pataya o a Phuket confirmaría el estereotipo de que la moderna prostitución en Tailandia se adapta a los deseos de los turistas occidentales. Pero esas son justamente las zonas de Tailandia donde se agrupan los turistas sexuales y la prostitución en el país se extiende bastante más allá para la clientela local. Un hecho anotado al paso y rápidamente olvidado en la mayor parte de los análisis señala que la mayor parte de los clientes de la prostitución en el Sudeste asiático los provee la sociedad local. Así sucede, sin duda en Tailandia, convertida por la mayoría de los investigadores en el escaparate del turismo sexual (Jeffrey 2002: XI-XII, 135). En 1994, «el Ministerio de Salud Pública [...] publicó estadísticas que mostraban que un 75% de los hombres tailandeses frecuentaban con regularidad los servicios de las prostitutas y que un 44% de adolescentes pagaban por su primera experiencia sexual» (Wilson and Henley 1994). Si las cifras son correctas, servirían para apoyar la tesis de que tan sólo una parte pequeña de las prostitutas tailandesas atienden la demanda de los turistas internacionales, en tanto que la mayoría se sostienen con la demanda local. Sin duda, este sector es mucho menos visible para quienes no tienen un buen conocimiento de la lengua y los entresijos de la sociedad tailandesa, porque existe una completa separación entre ambos sectores de la prostitución en el país (Askew 2002).

No hay mucha mejor información sustantiva para otros países de la región, pero la poca que tenemos cuenta una historia similar. Un trabajo sobre Vietnam concluye que el aparente aumento de la prostitución en el país tiene relación con la expansión de una nueva clase de empresarios locales y la corrupción burocrática (Nguyen 1997). En China hay, al parecer, pautas similares (Goodman, Pomfret and Wang 2003). En su estudio sobre el lugar al que llama Lakeside, Walsh (2001) concluía que la clientela del barrio rojo —rojo en este caso no tiene que ver con la ideología política del país, sino con la denominación usual de los distritos dedicados a la prostitución— estaba abrumadoramente compuesta

por chinos Han, el grupo étnico al que pertenecen más del 90% de los chinos. Otra contribución interesante (Pan 1999) describe las mismas pautas en tres ciudades que representan diferentes formas de industrialización reciente en China. En ellas, así como en Beijing, Shanghai y otras grandes ciudades los clientes son mayoritariamente locales (Hershatter 1999: 333-343).

La prostitución no es, por otra parte, nada nuevo en la región. El tráfico sexual antes de la llegada de los occidentales está bien documentado. Uno de los casos mejor conocidos es el de Japón. Aunque allí, como en casi todas partes, ha habido prostitutas desde tiempos inmemoriales, el primero de los *barrios licenciados* fue establecido en Kyoto en 1589. En 1679 había más de cien por todo el país. En ese tiempo, Japón controlaba estrictamente hasta reducirlos a un mínimo los contactos comerciales y culturales con Occidente. Ese *mundo de la flor y el sauce* (Saikaku 1969) tenía por clientes principales grupos de empresarios comerciales locales o *chonin* que florecían en las ciudades a medida que el orden feudal de los daimios experimentaba una crisis creciente. Los *chonin* gastaban sin duelo. Una noche con una cortesana de alto rango podía costar US\$420 de 1969 y mantener a una de ellas por todo el año suponía unas US\$22.400 (Morris 1969: 7). Por debajo de ese grupo de *toju* o putas de lujo había una complicada estratificación con muchos niveles de prostitutas (Ariyoshi 1994) basada en los precios que cada una de ellas podía cargar (Morris 1969: 285-288). Ese *mundo flotante* persistió hasta finales de la Segunda Guerra Mundial cuando los ocupantes americanos, que seguramente no habían leído a Ryan y Hall, le dieron la puntilla. Por siglos, fue el mejor y más completo ejemplo del papel y la importancia de la prostitución en la región, pero no el único.

La prostitución estuvo muy extendida en China hasta la llegada del régimen comunista en 1949. Un trabajo bien documentado sobre Shanghai (Hershatter 1999) muestra un panorama similar en del Japón antes de 1945. El *mundo de las flores* tenía también una compleja estratificación interna, desde las cortesanas de alto rango que proveían compañía, sesiones de canto, danza y poesía, y eventualmente relaciones sexuales, hasta los escalones más bajos cuya función se limitaba exclusivamente a las últimas. Los clientes de Shanghai pertenecían a todos los estratos sociales desde famosos inte-

lectuales y actores de ópera china pasando por burócratas gubernamentales y empresarios hasta llegar a los marineros de paso. El número de prostitutas es tan difícil de calcular para entonces como para hoy. Las relaciones entre las cortesanas y sus clientes estaban reguladas por un complejo ceremonial y frecuentemente las prostitutas de mayor rango estaban más allá del poder adquisitivo de la gente del común (Hershatter 1999: 34-65).

En Japón, China, Vietnam (Jamieson 1993: 296-297) y otros países de la región el sector bien desarrollado del comercio sexual era un complemento estructural de la familia tradicional. Aunque no es éste el momento de embarcarse en una discusión sobre esta última, parece que los aspectos reproductivos y recreativos de la actividad sexual estaban bien demarcados en todas esas sociedades a pesar de sus diferencias culturales. La poligamia estaba generalizada en muchos estratos sociales, tal vez empujada por el deseo de asegurar la continuación de los linajes familiares en un mundo de alta mortalidad infantil y abrumadora supremacía masculina. Contribuir con herederos varones a esa supervivencia era el papel fundamental del gineceo doméstico compuesta por la primera y consecutivas esposas y un número variable de concubinas, mientras que el placer sexual y los que habitualmente le acompañan quedaba para los burdeles y las casas de recreo. Esta estructura dual de familia y sexualidad era más rígida que en otras partes del mundo en el arco geográfico que va desde Indonesia hasta Corea (Hyegyonggung 1996).

Uno puede así confortablemente lanzar la hipótesis de que las estructuras familiares y la jerarquía del sexo reproductivo y recreativo facilitaron la respuesta al aumento de la demanda de amor venal en la región que ha supuesto el turismo sexual. La industria había estado operando desde hace siglos y sólo necesitaba de un ajuste fino. Un mayor, pero relativamente al ya existente, no muy alto número de prostitutas; mejor formación profesional (en Hanoi algunos karaokes orientados a la clientela extranjera ayudan a las chicas a adquirir un manejo básico del chino y el inglés conversacionales); nuevos productos de la industria de viaje (Jago 2003); y cambios en el mercadeo de los establecimientos han ayudado a la rápida transición desde los barrios licenciados del pasado hasta los lugares de alterne actual. La vieja industria del sexo ha pasado

así de una estructura preindustrial a una etapa más moderna adaptándose de paso a las nuevas exigencias de la demanda.

Una reflexión al final de esta sección. Está de moda entre los investigadores occidentales del turismo sexual limitar (Bishop and Robinson 1998: 160; Ryan and Hall 2001: 139) o excluir por completo (Jeffrey 2003: 63) la discusión del papel de las ideologías religiosas regionales (budismo, confucianismo, shinto, etc.) en la supervivencia de la prostitución en Asia oriental y sudoriental. Este asunto, obviamente, no puede ser abordado ahora, pero uno puede preguntarse con justicia si esas creencias que han tenido tanto éxito en sancionar las pautas adecuadas de conducta en la mayoría de los aspectos de la vida social en esa zona pueden haber dejado de influir en cuestiones tan estratégicas como las estructuras familiares, las identidades sexuales y la aceptación de la prostitución. Como tantas veces, la bienintencionada comprensión multiculturalista oscurece más que clarifica el panorama.

3. CUANDO RUGE LA MARABUNTA

Hace años, cuando la censura cinematográfica franquista convertía al matrimonio de *Mogambo* en una pareja de hermanos con claras tendencias incestuosas, dos amigos discutían: «¿Has visto ya *Cuando ruge la marabunta?*», que era el título castellano de *The Naked Jungle*, una producción americana de 1954 en la que un hacendado veía sus cosechas en peligro de inminente destrucción por millones de hormigas gigantes que destruían todo a su paso. «Ah, la película ésa de las hormigas... Aún no». «Qué hormigas ni qué hormigas; pareces tonto. En la versión original no son hormigas; son putas». Esa es la impresión que uno tiene tras seguir parte de la literatura sobre turismo sexual en el Sudeste asiático —que hay allí tantas prostitutas como hormigas. Veamos algunos ejemplos empezando por Tailandia.

Desde 1982, Tailandia ha seguido los pasos de los llamados *tigres asiáticos*, es decir, el grupo de países (Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Taiwan) que han experimentado un fuerte proceso de crecimiento económico. A pesar de la crisis de 1997-1998, el PIB en 2002 era 3,45 veces superior al de 1982. La renta per capita (Método Atlas) de 2002 era de US\$1.980,

doble de la media en la región de Asia Oriental y el Pacífico y muy superior a lo que en la jerga del Banco Mundial (2003) se llaman países de renta media baja. La agricultura ha descendido su contribución desde un 18,5% en 1982 hasta un 8,5% en 2001. En el mismo período, el sector industrial pasó del 29,5 al 42% y el de servicios del 51,9 al 49,5%. Tailandia ha conocido, pues, un rápido proceso de crecimiento económico en los últimos veinte años.

Cambios similares acarrear numerosas consecuencias para las sociedades que los experimentan. Algunos resultan beneficiosos; otros no tanto. En cualquier caso, suelen ocasionar numerosas tensiones sociales y dislocan la estructura social tradicional (Desai 2002: 36-54). Tailandia no ha sido una excepción. Junto al declive de la agricultura ha experimentado un fuerte aumento de migración a las ciudades a medida que muchos campesinos trataban de buscar trabajo en la industria. Muchos de esos inmigrantes eran mujeres jóvenes de la región noroccidental del país (Isan). En la alternativa entre trabajos escasamente pagados y mal regulados en la industria o una corta pero eventualmente bien remunerada carrera en la prostitución, muchas de ellas terminaron por encontrar acomodo, más o menos voluntario en esta última (algunas fueron forzadas a ello o fueron vendidas a burdeles para que sus familias pudiesen pagar deudas).

Cuántas dieron ese paso es difícil de saber. Una vez más los investigadores se encuentran con una abrumadora escasez de datos. Cifras gubernamentales hablaban de 77.000 prostitutas en 1992 (Ministerio de Salud Pública de Tailandia citado en Boonchalaksi y Guest 1998: 139). A partir de este umbral bajo, las cifras se disparan según la imaginación y las agendas de los investigadores, desde dos millones (Hornblower 1993) a un millón (Richter 1989); a una horquilla entre 400 y 700.000 (Truong 1990); a otra de 200-250.000 (Boonchalaksi and Guest 1998). Indudablemente, parece difícil saber el número de prostitutas en Tailandia, pero aún así puede uno tratar de encontrar estimaciones razonables. La relación entre prostitutas y población total (62.3 millones de tailandeses en 2002) según esas estimaciones sería de 1:31 (Hornblower), 1:62 (Richter); 1: 89 (Truong); 1:250 (Boonchalaksi and Guest); 1: 809 (Ministerio de Salud Pública de Tailandia). Holanda, uno de los pocos países con estadísti-

cas fiables contaba con 25.000 prostitutas (cifras de la Fundación Graaf citadas en Orhant 2000) en una población de 16 millones en el año 2000. La relación allí era de 1:660, próxima a la del ministerio tailandés.

En al año 2000 había 8,4 millones de mujeres tailandesas entre los 15-30 años de edad (US Census Bureau 2003c), el grupo etario más proclive a la prostitución. La relación entre prostitutas y el resto de mujeres en este grupo, según las hipótesis manejadas, sería 1:4 (Hornblower); 1:8 (Richter); 1:12 (Truong); 1:34 (Boonchalaksi and Guest); 1:109 (Ministerio de Salud Pública de Tailandia). En ese mismo año, en Holanda había un millón y medio de mujeres en esa cohorte (US Census Bureau 2003b) con una relación 1:60 entre prostitutas y resto, es decir, entre el punto más bajo de las estimaciones de Boonchalaksi y Guest y las del Ministerio de Salud Pública de Tailandia

De esta forma, la estimación más baja (200.000 prostitutas) de Boonchalaksi y Guest parece ser la más cercana a la realidad. Incluso esta cifra es alta —un 2,4% de todas las mujeres en este grupo serían prostitutas por comparación con el 1,6% de Holanda. Evidencia circunstancial adicional de que incluso esa estimación es alta la da el hecho de que en 1997 había en Tailandia un total de 3,7 millones de mujeres trabajadoras, un cuarto de ellas (0,9%) en el sector de servicios (Britannica Online 1998). Así, la cifra más baja de Boonchalaksi y Guest representaría alrededor de un 18% de prostitutas en ese grupo, lo que es una proporción muy alta.

Esas cifras se refieren al conjunto de las prostitutas. El número de las que trabajan en el sector del turismo sexual tiene que ser significativamente menor, ya que éste sólo representa una pequeña parte de las industrias del amor venal. La estimación de esta oferta es aún más complicada, pero hay puntos de referencia. El primero se refiere a las razones para viajar a Tailandia a la busca de sexo en venta. La diferencia de precios entre las prostitutas en Tailandia y las de los países desarrollados es significativa. En Estados Unidos el cliente tiene que estar dispuesto a pagar por una hora de GFE (*Girl Friend Experience* o experiencia amistosa, como así se anuncia) con una acompañante sin credenciales entre US\$250-500 (Eros Guide 2003). Si la chica es una estrella porno más o menos conocida, los precios suben hasta US\$1.500 (Body Miracle 2003). Por ese último precio uno puede

encontrar un paquete turístico para pasar una semana en Bangkok y tener aún dinero para gastarlo con acompañantes locales que cargan US\$30-50 por noche. No es de extrañar que, en estas condiciones, la demanda de turistas extranjeros en busca de sexo sea mayor en Bangkok que en Chicago, en Ámsterdam y hasta en Zaragoza.

Pero, ¿a cuántas mujeres puede emplear esa demanda? El segundo punto de referencia lo dan las cifras de TAT (*Tourist Authority of Thailand* o Agencia Tailandesa de Turismo). En 2002 visitaron el país 10.8 millones de extranjeros de los cuales 62% eran hombres y 38% mujeres. En total, 870.000 hombres más que mujeres. Uno puede razonablemente argüir que la mayor parte de los turistas que buscan sexo heterosexual se encuentran entre los hombres de este grupo. Si todos ellos fueran turistas sexuales y se distribuyesen por igual a lo largo del año, el número diario de clientes en busca de amor venal sería de 2.383. Con una estancia media de diez días por turista, cada día habría unos 25.000 que necesitarían los servicios de 25-40.000 prostitutas. Es decir, el turismo sexual daría trabajo a un 15-20% del estimado total de unas 200.000 prostitutas en Tailandia. En cualquier caso, las cifras invitan a una posición más sobria de la que habitualmente puede encontrarse en los titulares de los medios.

Pero eso sigue sin afectar a muchos académicos. ¿Puede haber 300-500.000 prostitutas en Camboya? Esa es la cifra que avanza Paul Leung (2003). Todo es posible, pero si se ve la cosa con un mínimo de buen sentido, la conclusión parece improbable. La población de Camboya en el año 2000 era de 12,4 millones (US Census Bureau 2003a). De ellos, 6,4 millones eran mujeres y 6 millones hombres. El número de mujeres en el grupo de edad entre 15y 29 años, el más propenso a la prostitución, era de 1,7 millones. Si las cifras de Leung son correctas, una de cada seis o una de cada tres en este grupo era prostituta. Todo es posible, conviene repetir, pero, de serlo, proporcionalmente el dato más alto era mayor que las más exageradas estimaciones para Tailandia. Si las cifras de Hornblower (1993) para este país (dos millones) fueran ciertas sólo una de cada cuatro tailandesas en esta categoría lo sería. ¿Habría ganado Camboya a Tailandia en el palmarés del amor en venta?

Imaginemos que así fuera. ¿Cómo podrían todas esas prostitutas ganarse la vida, por muy miserable que ésta pudiese ser? Si se resta de la población camboyana de seis millones de hombres a los grupos por debajo de los quince años (2,7 millones) y a los mayores de setenta (89.000) que no parecen poder constituir clientela potencial, el total de hombres que podrían utilizar los servicios de prostitutas sería de 3,2 millones, incluyendo a pobres, enfermos crónicos y terminales, monjes budistas, homosexuales, penados y demás clientela improbable. Cada prostituta tendría una media de 5,4 clientes (si su número es de 500.000) o 9 (si hay 300.000). Para tener un cliente diario, cada uno de ellos tendría que visitarlas 70 (hipótesis alta) o 40 (hipótesis baja) días al año, lo que, pese a los bajos precios, supondría una carga financiera difícil de soportar en un país con una de las rentas per capita más bajas del planeta. Posiblemente, las prostitutas trabajarían menos de una vez a la semana, a pesar de tener previsiblemente la misma engorrosa necesidad de comer cada día que el resto de la población. Todo es posible, hay que decir una vez más, pero las cifras de Leung parecen desproporcionadas.

Si los hombres camboyanos no pueden, ni aun a duras penas, sostener semejante industria de sexo al detall, tal vez los turistas sexuales les ayuden a tomar el relevo. En realidad, de seguir a Leung, los turistas sexuales masculinos no sólo ayudan, sino que son la columna vertebral de esa actividad, pues los consumidores locales no merecen siquiera una mención en su trabajo. ¿Puede ser eso posible? Según las cifras del Ministerio de Turismo de Camboya (2003) el número de turistas internacionales en el país fue de 350.000 en el año 2000. Si se repartiesen 53-47 a favor de los hombres, el número total de turistas masculinos sería de 186.000. Imaginemos que son todos turistas sexuales; que se reparten por igual a lo largo del año; y que cada uno permanece en el país diez días. En ese caso, habría una demanda potencial de 5.100 clientes diarios todos los días del año. Para que cada prostituta pudiese tener al menos un cliente diario, éstos, incluyendo niños impúberes y personas de edad propecta, tendrían que mantener relaciones sexuales 100 veces al día, es decir, una vez cada quince minutos de forma ininterrumpida durante diez días (hipótesis más alta) o 55 veces diarias, es decir, una vez cada treinta minutos cada veinticuatro horas por diez

días (hipótesis baja). Tales proezas merecerían indudablemente ser recogidas en el Libro Guinness de los Records, pero exigirían un entusiasmo y una disponibilidad no corroboradas por nada de lo que sabemos sobre la respuesta sexual masculina. Como dijera Rafael *El Gallo*, *lo que no pué sé, no pué sé y además é imposible*.

La cifra mágica de 300-500.000 prostitutas parece haber creado escuela. Por ejemplo, ése es el número de chicas en venta aducido por Agrusa (2003) para Saigón en el momento de la retirada de las tropas americanas en 1973. Curiosamente la falta de estadísticas parece ser suplida por el pensamiento o el dato único. Cuando no es así, puede ser peor. Nina Rao, una fundamentalista del feminismo indio, mantiene que en Nepal hay 17-19.000 *Deukis* (similares a las *jogini* del sistema *Devadashi* en Maharashtra o Karnataka) trabajando para hombres de alto poder adquisitivo; que en 1996 3.138 mujeres del distrito nepalí de Nuwakot fueron objeto de tráfico sexual hacia India; que las familias nepalís pobres venden a sus hijas por 10-20.000 rupias; o que 20.000 mujeres nepalíes trabajan como prostitutas en Nueva Delhi (2003). Todo ello sin citar una sola fuente.

Lo que las estimaciones no tienen de rigurosas, lo compensa la función tácita de todos esos números. Se trata de convencernos, ante todo, de que el turismo sexual occidental es una actividad económica muy importante y de que, luego, es causa de gravísimos problemas sociales que, de otra forma, no existirían en los países de referencia. No es muy seguro que ninguna de esas cosas sea cierta.

4. ¿ES EL TURISMO SEXUAL UN SECTOR ECONÓMICO ESTRATÉGICO?

El aumento de la prostitución en respuesta al turismo sexual occidental está por probar o, al menos, por documentar más adecuadamente que hasta la fecha. Supongamos que se pueda hacer como quiere la vulgata posmoderna. ¿Estaríamos entonces ante un fenómeno económico importante? La respuesta habitual se inclina por la afirmativa. El turismo sexual contribuye decisivamente al desarrollo económico de los países en que se produce, según afirman Bishop y Robinson, dos profesores de literatura inglesa que se han ocupado de esta cuestión (1998: 99; Ryan y Hall 2001: 141-142). Más aún, el turis-

mo sexual es parte principal de la estrategia de desarrollo favorecida para esta zona del mundo por las instituciones que administran la economía capitalista internacional. Como Tailandia suele ser el país que sirve de ejemplo para destacar la importancia del turismo sexual, nos ajustaremos a ella a la hora de discutir estas dos afirmaciones en el entendido de que lo que valga allí valdrá igualmente para los demás de la zona.

¿Cuál es el impacto económico del turismo sexual en Tailandia? Las posibles hipótesis pueden encontrarse en la Tabla 1. Subrayemos que las hipótesis que sirvieron de base a su elaboración fueron las más favorables para el argumento defendido por Bishop y Ryan y sus seguidores (todas las prostitutas trabajan 300 días al año con ganancias de US\$25 por día trabajado), aunque intuitivamente uno piense que los datos reales tienen que ser más bajos.

Tabla 1

Impacto de la prostitución en LKA economía tailandesa. Diferentes escenarios

<i>Número de Prostitutas*</i> (‘000s)	<i>Impacto Económico **</i> (US\$ Bill.)	<i>PIB Tai. 2002***</i> (US\$ Bill.)	<i>Impacto Económico****</i> (%)
2,000	15.0	141.4	10.6
1,000	7.5	133.9	5.6
700	5.2	131.6	3.9
250	1.8	128.2	1.4
200	1.5	127.9	1.2
77	0.6	127.0	0.5

* Escenarios de Hornblower, Richter, Truong, Boonchalaksi and Guest, Autores, Ministerio de Salud Pública de Tailandia por orden de mayor a menor.

** Premisas: 300 días de trabajo anual a US\$25 diarios.

*** Incluye el PIB 2002 más las cifras de cada escenario (Columna 2), ya que la prostitución no está incluida en las cuentas nacionales.

**** Columna 2 dividida por Columna 3. Redondeadas.

Fuente: Bystrzanowski y Aramberri (2003).

Según los datos de la Tabla 1, el impacto de la prostitución en general, tanto para clientes locales como para turistas heterosexuales, varía de acuerdo con los distintos escenarios sobre número de prostitutas entre una contribución al PIB del 10,6% (hipótesis máxima) y del 0,5% (hipótesis más baja). Es decir, aun en la hipótesis de dos millones de prostitutas, tan difícil de sostener por las razones aducidas, el sector de la prostitución está lejos de hacer una contribución decisiva a la economía tailandesa. Sin duda, un 10.6% no es cosa baladí y si mañana la prostitución fuera abolida con éxito de la vida nacional la economía se resentiría con fuerza, pero no quedaría en ruinas. Si, por el contrario, se entiende que la cifra de unas 200.000 prostitutas

es la más probable, el comercio del sexo en Tailandia, incluyendo tanto locales como forasteros, contribuiría un 1.2% del PIB, una cantidad importante pero no sustancial.

Podemos mirar al problema desde otra perspectiva, la que ofrece el estudio de las Cuentas Satélite por Turismo (*Tourism Satellite Accounts* o TSA) que elabora el *World Travel & Tourism Council* (WTTC), una institución que agrupa a las grandes compañías internacionales del sector turístico. Según la TSA de Tailandia, el valor añadido por la industria de turismo y viajes en el país en 2003 (que incluye todos los gastos directos en turismo doméstico personal, de negocios o por cuenta del gobierno más los gastos del turismo internacional o exportacio-

nes a visitantes) se estimaba en US\$16,000 millones (WTTC 2002). En el escenario más alto de la Tabla 1, la demanda de prostitución llegaría a unos US\$15.000 millones, es decir, tendría una contribución económica casi igual a la de todo el sector de viajes y turismo que agrupa servicios de transporte, hostelería y restauración, lo que es intuitivamente difícil de mantener. Incluso en el escenario que aquí se considera más probable, es decir, que las 200.000 prostitutas de Tailandia aportan US\$1,500 millones, el impacto de este sector

económico sería muy alto, casi un 10% de lo que aporta toda la industria turística del país, que es la más importante de la región.

Precauciones similares han de adoptarse al tratar del impacto del turismo sexual estrictamente considerado, es decir, de la demanda de prostitución generada por el turismo internacional o exportación de servicios sexuales (el turismo internacional es una fuente de divisas del mismo modo que la exportación de cualquier otra mercancía o servicio), como se muestra en la Tabla 2

Tabla 2

Impacto del turismo sexual en las exportaciones de Tailandia. Diferentes escenarios

<i>Número de Prostitutas* (‘000s)</i>	<i>Impacto Económico** (US\$ Bill.)</i>	<i>Exports. Tai. 2002*** (US\$ Bill.)</i>	<i>Impacto Económico**** (%)</i>
400	6.0	70.8	8.5
200	3.0	67.8	4.2
144	2.2	67.0	3.3
50	0.8	65.6	1.2
40	0.6	65.4	0.9
14	0.2	65.0	0.3

* Escenarios de Hornblower, Richter, Truong, Boonchalaksi and Guest, Autores, Ministerio de Salud Pública de Tailandia por orden de mayor a menor.

** Premisas: 300 días de trabajo anual a US\$50 diarios.

*** Incluye el PIB 2002 más los datos de cada escenario (Columna 2), ya que la prostitución no está incluida en las cuentas nacionales.

**** Columna 2 dividida por Columna 3. Redondeada.

Fuente: Bystrzanowski y Aramberri (2003).

La Tabla 2 ha sido construida también sobre las mismas hipótesis favorables para cada escenario que la Tabla 1. En este caso se supone que todas las prostitutas que trabajan para los forasteros lo hacen 300 días al año con una ganancia media de US\$50 por día de trabajo. Según los diferentes escenarios, el turismo sexual supone entre el 8,5 y el 0,3% del total de las exportaciones de Tailandia. Según nuestra estimación la cifra más probable es 0,9%. De nuevo hay que decir que ninguna de esas cantidades es ridícula, pero también que ninguna de las hipótesis sancionaría la tesis de que el turismo sexual es una

fuerza esencial, sustancial o significativa en el desarrollo económico del país.

La TSA de Tailandia invita a una reflexión similar. Según la estimación WTTC, los visitantes extranjeros se dejaron US\$8.200 millones en Tailandia en 2002. Si la hipótesis máxima sobre el número de prostitutas que trabajan para los extranjeros en Tailandia fuese cierta, éstos gastaron US\$6.000 millones en mantener relaciones sexuales con ellas, es decir, alrededor del 75% de todos los gastos de los turistas internacionales en el país. Parece una conclusión altamente improbable que los 900,000 turistas sexuales en Tailandia estimados aquí puedan

haberse gastado en servicios sexuales tres cuartas partes de los que los 11 millones de turistas internacionales juntos se gastaron en pasajes, hoteles, restaurantes y compras

Lo que nos lleva derechamente a la segunda parte de la relación entre turismo sexual y desarrollo económico. ¿Puede ser el turismo sexual uno de los mejores atajos para el desarrollo económico de Tailandia y, por el mismo rasero, de los países del Sudeste asiático? Según buena parte de la literatura al respecto ése es justamente el camino que las grandes burocracias globales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización Internacional de Comercio) les han adjudicado.

Sin embargo, sería difícil encontrar formulaciones al efecto en las resmas de documentos producidas por esas instituciones a lo largo de los años. Contestar que, pese a todo, eso es lo que estas instituciones favorecen requiere una capacidad para leer colectivamente las mentes ajenas, más allá de lo que dicen sus documentos cuidadosamente redactados, que pocos hipnotizadores o adivinos parecen tener.

Supongamos, finalmente, por mor del argumento, que se pudiera demostrar que de hecho esas instituciones han decidido imponer esa estrategia en el Sudeste asiático. De ser así, no estarían haciendo sino añadir una equivocación más a la larga lista de las que ya se les atribuyen con buena causa. Si las hipótesis y argumentos manejados anteriormente tienen algún fundamento, la prostitución y el turismo sexual no son factores económicos de relevancia en la región. ¿Puede el turismo sexual generar capitalismo eficiente en Tailandia o en cualquier otro lugar? Nada de lo visto hasta el momento, ni siquiera en los escenarios más favorables a la tesis de la vía sexual al capitalismo parece atestiguarlo. Los escépticos parecen tener buenas razones para mantenerse en sus trece hasta que se aporten mejores pruebas.

5. LA HEGEMONÍA CULTURAL DE OCCIDENTE

Desde sus inicios, la reflexión académica sobre el turismo ha estado profundamente marcada por la metodología deconstruccionista puesta en circulación por el post-modernismo (MacCannell 1976; 1999; 2001). Con una perspectiva temporal bastante amplia ya, no es fácil

decir que haya ayudado mucho. La mayor parte de sus seguidores se limitan a repetir los argumentos de la vulgata post-moderna. Mientras que la denuncia del turismo de masas y de las sociedades que lo han hecho posible resuenan en hifi, los argumentos para sustanciarla son bastante menos sonoros —a menudo, poco más que una repetición de los estribillos de moda.

Los estudios sobre turismo sexual en Tailandia no son una excepción. Una vez comprobado que la conexión entre prostitución y globalización expresada en el turismo sexual no es tan fácil de argumentar en términos económicos, el acento ha pasado a situarse sobre sus aspectos culturales. El más completo alegato reciente a favor de esta posición se debe a Leslie Ann Jeffrey (2002). Para Jeffrey, el turismo sexual hacia Tailandia es una gran encrucijada en la que se encuentran diversas tendencias de la sociedad post-moderna —sexualidad, la industria turística, los poderes políticos y lo que ella denomina el nuevo orden representacional internacional. Siguiendo la falsilla de la escuela de estudios post-coloniales, Jeffrey se centra en analizar cómo se ha elaborado el discurso de la prostitución en el país y cómo su conceptualización está estrechamente ligada con la construcción social de los géneros y la identidad nacional. Para ello, sigue de cerca la regulación legal de la prostitución en el país desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, según ella el momento en que Tailandia fue integrada en la cadena imperialista, soslayando explícitamente toda discusión sobre la sociedad patriarcal tradicional o la relación entre el budismo teravada y el papel de las mujeres en la sociedad. Según ella, lo único importante es esclarecer el papel crucial del orden representacional en la lucha de poder que somete el Sur al Norte. Su análisis trata, pues, de mostrar que las diferentes formas de construir la prostitución en Tailandia responden a esas imposiciones culturales de Occidente, recibidas e internalizadas por la sociedad tailandesa. Son nociones todas ellas demasiado lábiles que Jeffrey no se molesta en explicar, como si fueran evidentes por el solo hecho de afirmarlas con convicción.

Pero eso no la detiene. En la era de expansión colonial (1860-1939), los poderes imperialistas occidentales pesaron decisivamente en los cambios producidos en la estructura familiar tradicional. Más que la prostitución, lo que preocupaba a los occidentales era la poligamia y el

concubinato, instituciones que eran para ellos la prueba del nueve de que los hombres siameses carecían de la necesaria capacidad de control sobre su sexualidad y, por extensión, eran incapaces de gobernar su propio país —tarea ésta de gobernar que tan sólo podría ser llevada adecuadamente a cabo por los colonizadores. En 1909 la prostitución fue regulada de forma básicamente permisiva con el único fin de controlar el contagio de enfermedades venéreas.

Tan sólo en 1960 se produjo la criminalización de la prostitución con el fin de alinear a Tailandia con las sociedades avanzadas occidentales. Desde los Setenta la sociedad tai reaccionó ante la expansión de la prostitución que siguió a las tropas americanas con una serie de reacciones ideológicas que, en parte, son incoherentes entre sí y en parte se solapan. Por un lado, la prostitución sigue viéndose como una anomalía a tratar por medio de la represión y la reforma individual. Las primeras narrativas de los Setenta pivotaban sobre el tema nacionalista de la explotación de las mujeres tai por los extranjeros acaudalados. Grupos de mujeres, mujeres de la élite tai sobre todo, pensaban que la mejor forma de combatir la prostitución era educar a las mujeres en el respeto a los valores tradicionales como el amor por la tierra y el orgullo de ser campesinas, en la hipótesis de que así se coartaría la emigración rural a Bangkok. El movimiento pro-democracia de los Setenta manejaba ideas similares, destacando que el subdesarrollo y las estrategias del capital extranjero eran responsables, entre otras cosas, del crecimiento de la industria sexual. Bajo el régimen autoritario de Prem (1980-1988) apareció una nueva serie de argumentos tendentes a justificar mayor represión del tráfico sexual, especialmente en aquellos asuntos (prostitución infantil, tráfico de mujeres, etc.) que habían atraído demasiada atención indeseada sobre Tailandia.

La discusión tomó un nuevo rumbo en los Noventa. El rápido crecimiento económico generó una oleada de bienestar y las nuevas clases medias comenzaron a avanzar sus ideas sobre cómo enfocar la cuestión de la sexualidad y la prostitución. Las nuevas narrativas aflojaban los lazos entre prostitución y pobreza. Ahora la prostitución se veía como una respuesta a las presiones consumistas que habían seguido a la globalización de la economía. Al tiempo aparecieron nuevos modelos de masculinidad más favorables a la monogamia, y nuevas for-

mas de ocio familiar (deportes, excursionismo, viajes domésticos e internacionales) que ofrecían alternativas a la frecuentación de prostitutas. Sin embargo, ninguna de estas nuevas narrativas se apartaba de la idea básica de que la prostitución era el mal social que había que reprimir. La nueva regulación de 1996 aumentó las penas para los padres que vendían a sus hijos para ser explotados sexualmente; también para los chulos, los proxenetas y los propietarios de burdeles; y por primera vez incluía penas para los clientes de prostitutas menores de edad. Sin embargo, según Jeffrey, los principales repesaliados por la nueva situación son los campesinos pobres y las mujeres. Este modelo represivo debería ser reemplazado por una descriminalización de la prostitución, el derecho de las trabajadoras sexuales a organizarse contra su explotación y una clara voluntad de resistir los abusos.

Uno puede estar de acuerdo con las conclusiones de Jeffrey, como es mi caso, y aun así no ver qué relación pueden tener con sus resabios deconstruccionistas, que acaban por meterla en un batiburrillo del que es difícil salir. No se trata tan sólo de que los hechos no sean muy caritativos con sus fechas. Por toda la celebrada hegemonía de Occidente, no debería olvidarse que el antiguo Siam continuó siendo independiente hasta la invasión japonesa de 1941, con lo que la capacidad occidental de imponer su voluntad era bastante menor que en los territorios sometidos a administración directa por las metrópolis. Peor es que la noble tendencia de Jeffrey a colocarse del lado de los pobres y los oprimidos la lleva a desbarar.

Por ejemplo, cuando mantiene que el énfasis puesto por la legislación de 1996 sobre el control de los burdeles y la prostitución infantil favorece a los ricos sobre los pobres porque éstos últimos son quienes usan de la prostitución infantil con mayor frecuencia. «La nueva legislación funciona como un mecanismo que fuerza a los hombres de clase baja a adoptar los modelos de conducta de la clase media» (2002: 135). Si no hay regulación de la prostitución infantil, malo; si la hay, aún peor.

Otro ejemplo. La legislación de 1996 impone a los padres que voluntariamente venden sus hijos a un burdel mayores penas (hasta de veinte años de prisión) que a los clientes y a los intermediarios. Adicionalmente, esos padres pierden la custodia de sus hijos si llegan a ser

rescatados, lo que aumenta el poder disciplinario del estado sobre padres e hijos. Uno se pregunta empero si la sociedad tai, incluyendo a los muchos pobres rurales que no frecuentan la prostitución de menores o no venden sus hijos a los burdeles, saldría ganando si los que lo hacen quedasen sin castigo o pudieran mantener la custodia sobre sus hijos hasta que se presentase otra oportunidad de negocio. Sin duda, muchas regulaciones sociales pesan más sobre unos grupos que sobre otros, pero esta cuestión moral no debe servir de excusa para pedir el incumplimiento de la ley. La mayor parte de los individuos que participaron en los escándalos bursátiles neoyorquinos de 2001 y 2002 eran personas muy ricas. ¿Deberían librarse de sus responsabilidades legales por el hecho de que los ricos tienen mayores posibilidades de ser perseguidos por fraudes financieros o por el manejo de información privilegiada que otros grupos sociales?

Legalizar la prostitución en Tailandia o en cualquier otro lugar posiblemente sería una medida sensata, pero es difícil saber cómo podría llevarse a cabo sin un mínimo de esa regulación que provoca tantas sospechas entre los post-modernos. El gobierno tendría aún la responsabilidad de definir los límites de edad para poder entrar en el comercio sexual; asegurar que ninguna mujer (u hombre o transexual) pueda verse forzada a prostituirse en contra de su voluntad; imponer controles sanitarios; perseguir el tráfico internacional de menores y mujeres; recortar los esfuerzos de proxenetas y propietarios de burdeles por controlar el negocio; luchar contra la corrupción policial; y, por último pero no menos importante, cargar con impuestos los ingresos de las prostitutas. Eso es lo que se ha hecho en Holanda donde la prostitución fue declarada profesión legal en 1988 y los burdeles pueden operar legalmente desde el año 2000. Mucha gente considerará que eso es mejor que la represión a la que el comercio sexual se ve sometido en otros lugares, pero será difícil evitar la crítica de que así se están disciplinando los cuerpos de las prostitutas y se les imponen valores ajenos a los suyos. Ese estribillo deconstruccionista tiene la ventaja y el inconveniente de que puede aplicarse en todo tiempo y bajo cualquier circunstancia.

Más difícil aún de entender es qué tiene todo ello que ver con el presunto orden representa-

cional occidental que, según Jeffrey y otros muchos, subordina el Sur al Norte. Aunque Jeffrey evita cuidadosamente decirlo por lo claro, de su argumento se sigue que la prostitución debería ser legalizada, es decir, considerada una actividad que puede ser ejercitada sin dar lugar a represalias jurídicas con la consiguiente mercantilización de los servicios sexuales o, en otras palabras, con su venta en el mercado. No es fácil, empero, mantenerlo al tiempo que se afirma que «la política de los países fuera del Occidente hegemónico viene conformada fundamentalmente por la necesidad de contender —sea con la resistencia o la respuesta— al poder discursivo de Occidente» (2002: 146), pues eso crea una charada. Que Occidente, habitualmente identificado con el capitalismo y la globalización y acerbamente criticado por ello, pueda ser combatido o ver su poder coartado por la expansión de esos mismos mercados no es precisamente sencillo de comprender.

En el fondo del análisis de Jeffrey late un profundo rechazo moral de la situación presente de la prostitución en Tailandia, que no se complementa con un análisis serio de los mecanismos del comercio y del turismo sexual. Si se acepta el supuesto papel exclusivo de la cultura occidental en la subordinación de las sociedades menos desarrolladas, el lector se queda en ayunas no sólo acerca de las formas en que ésta se produce (el concepto nunca se define con claridad, insistiendo en que es un modelo impuesto contra la voluntad de los destinatarios, lo que necesitaría más elaboración), sino también sobre por qué ha habido prostitución en aquella zona del mundo antes del colonialismo. Las espantás de Jeffrey o de Bishop y Robinson o de Ryan y Hall a la hora de analizar el papel de la familia tradicional o la influencia de las ideologías religiosas no favorecen precisamente la plausibilidad de sus tesis. Renunciar a explicar el asunto allende sus bases económicas y sociales o sus raíces en la familia tradicional deja fuera de foco demasiados factores poco confortables. Afortunadamente para ellos, si no tenían forma de construir una narrativa verosímil, ahí estaba el deconstruccionismo para permitirles decir lo que se les pasase por la mente sin tener que rendir cuentas del intento. Tampoco es una sorpresa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGRUSA, Jerome (2003): «AIDS and Tourism: A Deadly Combination». En Thomas G. Bauer and Bob McKercher (Eds.). *Sex and Tourism. Journeys of Romance, Love and Lust*. Nueva York, Londres, Oxford: The Haworth Hospitality Press, pp. 167-180.
- ARIYOSHI, Sawako (1994): *Kabuki Dancer. A Novel of the Woman who Founded Kabuki*. Tokyo, Nueva York, Londres, Kodansha International.
- ASKEW, Marc (1998): «City of Women, City of Foreign Men: Working Spaces and re-working Identities among Female Sex Workers in Bangkok's Tourist Zone». *Singapore Journal of Tropical Geography* Vol. 19, N° 2.
- (1999a): «Strangers and Lovers: Thai Women Sex Workers and Western Men in the “Pleasure Space” of Bangkok». En Jill Forshee and Christina Fink et. al. (eds.) *Converging Interests: Traders, Travelers and Tourists in Southeast Asia*. Berkeley, Center for Southeast Asia Studies, University of California.
- (1999b): «Labor, Love and Entanglement: Bangkok Bar Workers and the Negotiation of Selfhood». *Crossroads: an Interdisciplinary Journal of Southeast Asian Studies*, Vol. 13, N° 2.
- (2002): *Bangkok: Place, Practice and Representation*. Londres y Nueva York, Routledge.
- BANCO MUNDIAL (2003): Thailand at a Glance. http://www.worldbank.org/data/countrydata/aag/tha_aag.pdf
- BAUER Thomas G. y Bob MCKERCHER (2003): «Conceptual Framework of the Nexus between Tourism, Romance and Sex». En Thomas G. Bauer and Bob McKercher (Eds.). *Sex and Tourism. Journeys of Romance, Love and Lust*, Nueva York, Londres, Oxford: The Haworth Hospitality Press, pp. 3-17.
- BISHOP, Ryan and Lilian ROBINSON: *Night Market, Sexual Cultures and the Thai Economic Miracle*. Londres, Routledge.
- BODY MIRACLE (2003): Body Miracle. Porn Star Escorts. <http://www.bodymiracle.com/>
- BOONCHALAKSI, Wathinee and Philip GUEST (1998): «Prostitution in Thailand». En Lim, Lin Lean (ed.), *The Sex Sector. The Economic and Social Bases of Prostitution in South East Asia*. Ginebra: International Labor Office.
- BRITANNICA ONLINE: Thailand. http://www.eb.com:195/bol/topic?map_id=208695000&tmap_typ=gd
- BURUMA, Ian (2003): *Inventing Japan. 1853-1964*. Nueva York, The Modern Library.
- BYSTRZANOWSKI, Julian y Julio ARAMBERRI (2003): «The Iron Laws of Sex Tourism». *Tourism Recreation Research*, Vol. 28, n. 3.
- COHEN, E. (1982): «Thai Girls and Farang Men. The Edge of Ambiguity». *Annals of Tourism Research* 6:18±35.
- (1993): «Open-ended Prostitution as a Skillful Game of Luck: Opportunity, Risk and Scurity among Tourist Oriented Prostitutes in a Bangkok Soi». En M. Hitchcock, V. T. King and M. J. G. Parnell, eds., *Tourism in Southeast Asia* pp. 155±177. London: Routledge.
- (2001): *Thai Tourism. Hill Tribes, Islands and Open-Ended Prostitution*. Bangkok, White Lotus.
- DESAI, Meghnad (2002): *Marx's Revenge. The Resurgence of Capitalism and the Death of Statist Socialism*. Londres, Nueva York, Verso.
- EROS GUIDE (2001): Eros Guide to Philadelphia. <http://www.eros-philly.com/eros.htm>
- GAY, Jill (1985): «The “Patriotic Prostitute”». *The Progressive*, Febrero.
- GHOSH, Lipi (2002): *Prostitution in Thailand: Myth and Reality*. New Delhi, Munshiram Manoharlal Publishers.
- GOODMAN, Peter, John POMFRET and Wang TING (2003): «Sex Trade Thrives in China». *The Washington Post*, Enero, 3.
- HALL, Justin (1994): *Prostitution in Thailand and Southeast Asia or How to Keep Millions of Good Women Down*. <http://www.links.net/vita/swat/course/prosthai.html>
- HALL, C. Michael (1992): «Sex Tourism in Southeast Asia». En D. Harrison (ed.), *Tourism and the Less Developed Nations*. Londres, Bellhaven Press.
- HERSHATTER, Gail (1999): *Dangerous Pleasures. Prostitution and Modernity in Twentieth Century Shanghai*. Berkely, University of California Press.
- HORNBLLOWER, Margot (1993): «The Skin Trade». *Time Magazine*: 21 de Junio.
- HYEGYONGGUNG, Hong Ssi (1996): *The Memoirs of Lady Hyegyong. The Autobiographical Writings of a Crown Princess of Eighteenth-Century Korea*. Traducido con Introducción y Anotaciones por Ja Hyun Kim Haboush. Berkeley, The University of California Press.
- JAGO, Leo (2003): «Sex Tourism: An Accommodation Provider's Perspective». En Thomas G. Bauer and Bob McKercher, *Sex and Tourism. Journeys of Romance, Love and Lust*. Nueva York, Londres, Oxford: The Haworth Hospitality Press.
- JAMIESON, Neil L. (1993): *Understanding Vietnam*. Berkeley, University of California Press.
- JEFFREY, Leslie Ann (2002): *Sex and Borders. Gender, National Identity and Prostitution Policy in Thailand*. Honolulu, The University of Hawai'i Press.
- LEHENY, David (1995): «A political economy of Asian sex tourism». *Annals of Tourism Research*, Volume 22, Issue 2, 1995, pp. 367-384

- LEUNG, Paul (2003): «Sex and Tourism: The Case of Cambodia». En Thomas G. Bauer and Bob McKercher (Eds.). *Sex and Tourism. Journeys of Romance, Love and Lust*. Nueva York, Londres, Oxford: The Haworth Hospitality Press, pp. 181-195.
- MCCANNELL, Dean (1976): *The Tourist: A New Theory of the Leisure Class*. Nueva York, Schocken Books.
- (1999): *The Tourist: A New Theory of the Leisure Class*, 3rd. edition with a 1989 new Introduction, Berkeley and Los Angeles, University of California Press.
- (2001): «The Commodification of Culture». En in V. Smith and M. Brent (eds.), *Hosts and Guests Revisited*, Nueva York, Cognizant Communication Co.
- MINISTERIO DE TURISMO DE CAMBOYA (2003): Number of Visitor Arrivals. http://www.visit-mekong.com/cambodia/stats/visitor_number.htm
- MORRIS, Ivan (1969): «Introduction, Notes and Appendixes». En Saikaku, Ihara, *The Life of an Amorous Woman and Other Writings*. Nueva York, New Directions Books.
- NGUYEN, Vo Thu Huong (1997): *Prostitution in a Liberalizing Vietnam. The Economy, Hierarchy and Geography of Pleasure*. Paper presented at the ASPAC Conference. <http://www.uri.edu/artsci/wms/hughes/vietn.htm>
- OPPERMANN, M. (1998): *Sex Tourism and Prostitution. Aspects of Leisure, Recreation, and Work*. Nueva York, Cognizant Communication Corporation.
- ORHANT, Melanie (1999): News/Netherlands: Prostitution Legalized in Netherlands from October 1. <http://fpmail.friends-partners.org/pipermail/stop-traffic/2000-October/000196.html>
- PAN, Suimin (2004): «Three “Red Light Districts” in China». Executive summary in English of the book *Cun Zai Yu Huang Miu- Zhong Guo Di Xia Xing Chan Ye Kao Cha*. Qunyan Publishing House. <http://www.unchina.org/unaid/enews5.html>
- RAO, Nina (2003): «The Dark Side of Tourism and Sexuality: Trafficking of Nepali Girls for Indian Brothels». En Thomas G. Bauer and Bob McKercher (Eds.). *Sex and Tourism. Journeys of Romance, Love and Lust*. Nueva York, Londres, Oxford: The Haworth Hospitality Press, pp. 155-165.
- RICHTER, Linda (1989): *The Politics of Tourism in Asia*. Honolulu, University of Hawaii Press
- RYAN, Chris y C. M. HALL (2001): *Sex Tourism: Marginal People and Liminalities*. Londres y Nueva York, Routledge.
- SAIKAKU, Ihara (1969): *The Life of an Amorous Woman and Other Writings*. Nueva York, New Directions Books.
- SEABROOK, J. (1996): *Travels in the Skin Trade*. Londres, Pluto Press.
- SELÄNNIEMI, Tom (2003): «On Holiday in the Liminoid Playground: Place, Time and Self in Tourism». En Thomas G. Bauer and Bob McKercher, *Sex and Tourism. Journeys of Romance, Love and Lust*. Nueva York, Londres, Oxford: The Haworth Hospitality Press.
- SITTHIRAK, Sinit (1995): «Prostitution In Thailand: A NorthSouth dialogue on neocolonialism, militarism, and consumerism». Thai Development Newsletter 27-28. <http://www.signposts.uts.edu.au/articles/Thailand/Tourism/353.html>
- TOURIST AUTHORITY OF THAILAND (TAT) (1994): *History of Thailand's National Tourist Office*. <http://expo.nectec.or.th/tat/stable/history.html>
- (2002): *Thailand Tourism Statistics*. <http://www.tat.or.th/stat/index.html>
- TRUONG, Thanh-Dam (1990): *Sex, Money and Morality. Prostitution and Tourism in South East Asia*. Londres, Zed.
- US CENSUS BUREAU (2003a): IDB Demographic Data for Cambodia. <http://www.census.gov/cgi-bin/ipc/idbsum?cty=CB>
- (2003b): IDB Summary Demographic Data for The Netherlands. <http://www.census.gov/cgi-bin/ipc/idbsum?cty=NL>
- (2003c): IDB Summary Demographic Data for Thailand. <http://www.census.gov/cgi-bin/ipc/idbsum?cty=TH>
- WALSH, Eileen (2001): «Living with the Myth of Matriarchy: The Mosuo and Tourism». En Tan Chee-Beng, Sidney C.H. Cheung and Yang Hui (eds.), *Tourism, Anthropology and China*, Bangkok, White Lotus Press.
- WILSON, Donald and David HENLEY (1994): «Prostitution in Thailand: Facing the Hard Facts». *The Bangkok Post*, Diciembre 25.
- WTTC (2002): Thailand. <http://wttc.org/measure/PDF/Thailand.pdf>